

# Guerra y pobreza

Una oferta generosa que contempla un cese de hostilidades, mecanismos de verificación del cese al fuego y diálogos directos.

El viernes pasado, el Gobierno Nacional le envió al Eln su oferta para iniciar ya y en firme un proceso de paz sin vencedores ni vencidos. No fue un ultimátum. No fue un llamado a una rendición incondicional, como la que le impusieron los Estados Unidos al imperio japonés poco después de descargar sus criminales bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki el 6 y el 9 de agosto de 1945. Todo lo contrario. Es una oferta generosa que contempla un cese de hostilidades, mecanismos de verificación del cese al fuego y diálogos directos. Ahora, el balón se encuentra en la cancha del Eln.

La paz se acerca en Colombia a pasos agigantados. Para acelerar este proceso es indispensable, sin embargo, cambiar de manera radical la manera como interpretamos la relación entre guerra y pobreza.

En múltiples círculos intelectuales y políticos se sostiene de manera simplista que la guerra es un resultado de la pobreza y que mientras que esta persista el conflicto es inevitable. Este sociologismo vulgar es falso. El conflicto armado en Colombia —como en cualquier otro lugar del mundo— es el resultado de una decisión política. La evidencia fueron los múltiples grupos armados que surgieron en países altamente desarrollados. Acción Directa (Francia), las Brigadas Rojas (Italia), el Ejército Rojo Japonés o los Weathermen y el Symbionese Liberation Army (Estados Unidos), constituyen sólo un puñado de ejemplos.

La experiencia internacional muestra que así como un grupo armado es el resultado de la decisión política que toma un partido o de un movimiento social, el fin de sus

acciones en el campo militar puede ser igualmente, salvo que sean aplastados militarmente (como los Tupamaros en Uruguay o los Montoneros en Argentina), el resultado de otra decisión política. Este fue el caso del Fmín en El Salvador o de la Urng en Guatemala, gracias a la generosidad de sus cúpulas dirigentes para responder a las demandas de paz de sus pueblos.

Lo que sí se puede afirmar sin titubeos es que un conflicto armado es un generador nato de pobreza. En su página de Internet (Revista Insurrección. Ejército de Liberación Nacional), el Eln sostiene que "la paz es mucho más que solucionar el conflicto armado. Es trabajar para resolver los grandes problemas como liberar al 66 por ciento de los colombianos de la pobreza (...), de la exclusión social, el sin futuro y la dependencia". De acuerdo. Pero para lograr estos objetivos es indispensable no continuar la guerra, sino pararla.

¿No ha tomado conciencia la cúpula dirigente del Eln de su enorme responsabilidad en la pobreza que sufre el pueblo colombiano? La guerra despiadada y cruel que afecta a Colombia desde hace al menos cuatro décadas no les ha traído ningún beneficio a Colombia ni a los colombianos. Las cifras son aterradoras. Dos millones y medio de desplazados, desarraigados de su tierra, de su cultura, de su medio familiar y social. Dos puntos del PIB, alrededor de 1.800 millones de dólares año tras año, dilapidados en actos de terrorismo. Centenares de miles de viudas y huérfanos. Destrucción de puentes, torres de energía, oleoductos, es decir, la infraestructura que el

país requiere para alcanzar algún día el desarrollo.

Sin duda, la guerra interna no es la única responsable de la grave pobreza que afecta al país. Otros factores tales como la desigualdad de los ingresos, la corrupción tanto pública

como privada y las graves asimetrías del sistema económico internacional tienen su alta cuota de responsabilidad. Pero, en ausencia del conflicto armado en estos años de desangre inútil, Colombia hubiera podido crecer más y más rápido.

El Eln sostiene que la "ética y la dignidad del Eln" no se cambian por un "puñado de lentejas". La paz no es un plato de lentejas. Es la mayor aspiración del pueblo colombiano.

Si el Eln quiere continuar adelantando su ideario político no tiene que recurrir a la muerte como argumento. Puede transformarse en un partido político e incorporarse a uno de los dos ejes actuales de la izquierda: el Polo Democrático Independiente o el Frente Social y Político. O puede conformar su propia corriente para impulsar sus sueños.

Ricardo Lagos en Chile, Lula da Silva en Brasil y Néstor Kirchner en Argentina son una evidencia de que le llegó la hora a la izquierda democrática en América Latina. De una izquierda que empuña el diálogo y no las armas. De una izquierda que aborrece la muerte y le canta a la vida. La consigna ya no es "Patria o muerte", sino "Patria y vida".

\* Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

epizarrol@unal.edu.co

EDUARDO PIZARRO  
LEONGÓMEZ \*